

XXXIII.

LA ESPOSA INFIEL.

Estando una bella dama
 arrimada á su balcon,
 vió venir un caballero,
 miróle con atencion;
 de palabras se trabaron,
 de amores la comprendió.

—Bella dama, bella dama,
 con usted durmiera yo.

—Suba, suba, el caballero,
 dormirá una noche ó dos.

—Lo que temo es su marido,
 que tenga mala intencion.

—Mi marido es ido á caza
 á los montes de Leon;
 para que no vuelva nunca,
 le echaré una maldicion:

“Cuervos le saquen los ojos
 águilas el corazon,
 los perros de mis rebaños
 le arrastren en procesion.”—

Estando en estas palabras,
 el marido que llegó.

—Abreme la puerta, luna;
 ábreme la puerta, sol,
 que te traigo un cervatillo
 de los montes de Leon.—

Al bajar á la escalera,
 la color se le mudó.

—Tú tuviste calentura,
 ó dormiste con varon.

—Yo ni tuve calentura,
 ni he dormido con varon;
 solo que perdí las llaves
 de tu puerta del salon.

—Si las perdiste de hierro,
 de plata las haré yo.

—El herrero está en la fragua,
 y el platero en el meson...

—¿De quién es aquel sombrero
 que en mi cuarto veo yo?

—Es tuyo, marido mio;
 mi padre te lo mandó.

—Dá las gracias á tu padre;
buen sombrero tengo yo.

¡Cuando yo no lo tenia,
no me lo mandaba, no!

¿De quién es aquella capa
que en mi percha se colgó?

—Es tuya, marido mio;
mi padre te la envió.

—Dá las gracias á tu padre;
buena capa tengo yo.

¡Cuando yo no la tenia,
no me la enviaba, no!

¿De quién es aquel caballo
que en la cuadra relinchó?

—Es tuyo, marido mio;
mi padre te lo endonó.

—Dá las gracias á tu padre;
buen caballo tengo yo.

¡Cuando yo no lo tenia,
no me lo endonaba, no!

¿De quién es aquella espada
que colgada veo yo?

—Clavada, señor marido;
clavada en mi corazon,
que bien la muerte merece
quien á un marido engañó!